

GORGIAS (APÉNDICE)

Resumen: El *Gorgias* es uno de los diálogos de Platón que más ha sido comentado, debido a la gran variedad de asuntos que son expuestos allí, sobre todo los referentes al método socrático. En este diálogo Sócrates no sólo refuta a sus interlocutores, sino que demuestra algunas de sus propias tesis. A propósito de este diálogo es importante examinar si la refutación a Polo es válida, opuesto a lo dicho por Vlastos en su artículo “Was Polus refuted?”, y si las tesis establecidas por Sócrates implican que éste tiene conocimiento, lo cual iría en contra de su supuesta ignorancia.

Palabras clave: *Gorgias*, Platón, método socrático, injusticia, daño, vergüenza.

Abstract (*Gorgias {Appendix}*): *Gorgias* is one of Plato’s most commented dialogues, due to the great variety of subjects exposed in it, specially the ones which refer to the socratic method. In this dialogue Socrates not only refutes his interlocutors, but also proves some of his own theses. Concerning this dialogue is important to examine if the rebuttal to Polus is valid, opposed to what is said by Vlastos in his article “Was Polus refuted?”, and if the theses established by Socrates imply that he has knowledge, which would contradict his alleged ignorance.

Keywords: *Gorgias*, Plato, socratic method, injustice, harm, shame.

CALICLES, SÓCRATES, QUEREFONTE, GORGIAS, POLO

CAL.— En verdad has pronunciado un hermoso relato, Sócrates.

SÓC.— Como ya te lo dije, además de hermoso creo que es completamente verdadero.

QUER.— Bueno. Espero que esta conversación haya sido de provecho para todos. Pero al parecer nos hemos prolongado demasiado y estamos cansados.

Gor.— Cierto. Lo mejor será que demos por terminado esto y volvamos a nuestros asuntos. Al igual que nosotros, supongo que ustedes tienen más asuntos que atender. Por favor, Polo, conduce a Sócrates y a Querefonte a la salida.

CAL.— Hasta luego, gran filósofo. Espero que hayas prestado atención y sigas mis consejos, porque todavía me preocupo por ti¹.

POL.— Por favor, síganme. Les quiero agradecer por haber venido. Ha sido una velada muy entretenida. Espero que nos volvamos a reunir.

SÓC.— Yo también lo espero, Polo.

QUER.— Ciertamente has conversado astutamente con tus interlocutores, Sócrates. Ahora que estamos solos te puedo felicitar por tus hazañas.

SÓC.— ¿A qué te refieres, amigo? Yo únicamente hablé con verdad.

QUER.— Pero yo observé una cosa. Mientras dialogabas con Calicles, él sostuvo que lo justo era que los fuertes les arrebataran a los débiles los bienes². Para refutarlo,

saga-*revista de estudiantes de filosofía. Universidad Nacional de Colombia*

**MIGUEL
GARZÓN
MARTÍNEZ**

kams_sun@hotmail.com

Universidad
Nacional
de Colombia

¹ Calicles le lanza esta ironía a Sócrates haciendo alusión al consejo que le dio de abandonar la filosofía, por ser de poco provecho, y dedicarse a conseguir prestigio político en *Gor.* 486b-c.

² Cf. *Gor.* 483b-c.



³ Cf. Gor. 489a-b.

⁴ Cf. Gor. 495a.

Miguel Garzón Martínez

tú dijiste, con toda la razón, que la multitud es más poderosa y más fuerte que un solo hombre y concluiste que la igualdad en la posesión de bienes es hermosa con arreglo a la naturaleza y la ley, pues las leyes que instauran esto las hacen los más fuertes y poderosos³.

SÓC.— Exactamente eso hice.

QUER.— Para hacer eso, ¿aceptaste la definición de justicia que dio Calicles?

SÓC.— Desde luego.

QUER.— ¿Tú piensas que la justicia es así?

SÓC.— Si pusiste atención a lo que dije mientras dialogaba, sabes que ese no es mi parecer.

QUER.— Entonces, parece que eres tú el que se contradice. Piensa en esto: siempre instas a todos tus interlocutores a que te digan honestamente lo que piensan, pero parece ser que tú mismo no lo haces.

SÓC.— Entiendo tu preocupación, querido amigo. Calicles también me acusó de lo mismo⁴, pero yo me considero completamente inocente de esos cargos. Déjame explicarte cuál es la razón por la cual se me acusa siempre de lo mismo. Tú has dado un ejemplo muy acertado con el caso de la definición de justicia dada por Calicles, pues sí parece que yo me contradijera, pero el que se contradice es él.

QUER.— No entiendo lo que dices.

SÓC.— Es muy sencillo. Debes entender, Querefonte, que mi labor es diferente durante el diálogo a la de mis interlocutores mientras pregunto. Examina esto: cuando Calicles dio su definición de justicia, ¿él estaba persuadido de que hablaba con la verdad?

QUER.— Realmente parecía que pensaba eso que nos dijo.

SÓC.— ¿Pero estaba equivocado?

QUER.— Sin duda alguna.

SÓC.— ¿Cómo nos dimos cuenta, y él mismo se dio cuenta, del error en el que estaba?

QUER.— Gracias a ti, que lo interrogaste, como ahora haces conmigo.

SÓC.— ¿Y lo hubiera podido interrogar si yo, de una forma obstinada, no reconocía temporalmente su definición y preguntara desde ella?

QUER.— Me parece imposible. Ahora entiendo que tú no has concedido nada contrario a tu pensamiento, sino que, en vez de ser terco, te pusiste en la posición del otro con tus preguntas, te diste cuenta que existían contradicciones y lo comunicaste a través de las mismas preguntas y valiéndote de tu interlocutor.

SÓC.— Has comprendido muy bien la forma en que procedí.



QUER.— Pero, ¿en serio piensas que Calicles se dio cuenta de su error como tú dices?

SÓC.— Por lo menos en el caso que estamos discutiendo él se vio forzado a hacer precisiones y a corregir su definición, ¿lo recuerdas?

QUER.— Con total claridad.

SÓC.— Sin embargo, Calicles no parece haber tomado la conversación lo suficientemente en serio. Le he mostrado la verdad, pero él no se conmovió ni se atrevió a darme la razón, por el contrario no hizo otra cosa que censurarme. Si una persona no es persuadida por la verdad, no me imagino qué más la podría persuadir. De todas formas, el pobre está tan arraigado a sus creencias que no hay forma de que ceda, aunque se le muestre el error. Tal vez él mismo, al igual que Gorgias y Polo, siente vergüenza de admitir que se ha equivocado. Sería curioso que mientras él los censuraba por concederme cosas al sentir vergüenza, él mismo dejó de concederme que se había equivocado por vergüenza. Tanto Calicles como Polo y Gorgias fueron presas de la vergüenza y por eso el diálogo no pudo ser de mucho provecho para ellos.

QUER.— Parece ser así. Sin embargo, aún no estoy plenamente convencido de que operes siempre así.

SÓC.— ¿A qué te refieres?

QUER.— Me refiero al diálogo que sostuviste con Polo.

SÓC.— ¿Crees que utilicé argucias con Polo?

QUER.— No es eso. Pero tú sabes que durante el furor de una discusión pueden pasar errores desapercibidos. Como yo estaba siendo un espectador, tal vez me percaté de aspectos en los que ustedes no repararon.

SÓC.— Por favor, querido amigo, infórmame de tus reflexiones al respecto y te quedaré inmensamente agradecido si me logras sacar de un error.

QUER.— Primero, tú le preguntaste a Polo si era preferible cometer o recibir injusticia.

SÓC.— Lo recuerdo.

QUER.— ¿Y él qué te contestó?

SÓC.— Que era preferible cometerla.

QUER.— ¿Desde qué perspectiva crees que contestó esto?

SÓC.— ¿A qué te refieres con perspectiva?

QUER.— ¿Crees que él contestó esto porque piensa que para él es preferible cometer que recibir injusticia?

SÓC.— Sin duda.

QUER.— ¿Es decir, que él se puso en esa situación? ¿Crees que contestó eso porque



Miguel Garzón Martínez

⁵ El argumento acerca de que Polo no fue refutado está en Vlastos 1965: 60-64.

⁶ Cf. *Gor.* 475a.

él mismo se imaginó cometiendo una injusticia y después se imaginó recibéndola, y tras hacer esto él creyó que era preferible lo primero?

SÓC.— Me parece que guió así su razonamiento y por eso llegó a la conclusión errada.

QUER.— Estamos de acuerdo. Pero cuando le preguntaste si era más feo cometer que recibir injusticia, ¿desde qué perspectiva evaluaron la pregunta?

SÓC.— Ya me doy cuenta para dónde va esto. Prefiero que me digas tú desde qué perspectiva dices que evaluamos la pregunta, para saber si coincidimos en nuestros pensamientos.

QUER.— Está bien. Parece que en el caso de la fealdad Polo era un espectador, pues él no se puso ni en el lugar de alguien que comete injusticia ni en el lugar de alguien que la recibe, sino en el lugar de alguien que observa mientras una injusticia es cometida.

SÓC.— Entiendo, ¿pero por qué dices que eso es un problema?

QUER.— Parece ser que Polo no fue refutado⁵. Según lo que hemos convenido, queda demostrado que la fealdad no recae sobre el que comete la injusticia sino sobre el que la observa.

SÓC.— Amigo, me sorprende que no hayas participado más en la conversación teniendo pensamientos tan agudos. Sin embargo, sigo creyendo que Polo fue refutado.

QUER.— ¿Cómo?

SÓC.— Dime a qué llamamos feo.

QUER.— Ya lo habías preguntado antes⁶. Feo es lo doloroso o lo dañino, o lo que es ambas cosas.

SÓC.— ¿Crees que el observador de una injusticia recibe dolor o daño?

QUER.— No recibe daño, pero sí recibe un tipo de dolor, como una especie de molestia o incomodidad al ver semejante acto tan feo.

SÓC.— Eso es suficiente. ¿El espectador recibe esa molestia porque está contemplando algo feo?

QUER.— Sin duda.

SÓC.— ¿Pero el espectador produce esa fealdad o la recibe simplemente?

QUER.— Simplemente la recibe.

SÓC.— ¿Entonces, en dónde crees que se genera la fealdad?

QUER.— En el acto injusto que se está cometiendo.

SÓC.— ¿Y quién la genera, el que comete o el que recibe injusticia?

QUER.— Sin duda el que la comete.

SÓC.— Entonces, parece ser que el acto injusto es feo para alguien que lo ve, más



⁷ Rey de Macedonia. Ya se lo había mencionado en *Gor.* 471a-d.

feo aún para alguien que lo recibe pero es todavía más feo para alguien que lo comete, pues es esta última persona el origen de la fealdad. ¿Estás de acuerdo?

QUER.— Todavía no. No veo la relación entre el hecho de que una persona genere injusticia con que ese acto sea feo para ella.

SÓC.— Examinemos una vez más el asunto. Dijimos que el que presencia un acto injusto recibe un tipo de dolor. También dijimos que lo feo causa dolor o daño.

QUER.— Sin contradicción.

SÓC.— ¿Qué me dices del que está recibiendo la injusticia?

QUER.— También está recibiendo dolor, pero en mayor medida que el espectador.

SÓC.— ¿Y quien está cometiendo la injusticia? ¿No recibe dolor o daño?

QUER.— Eso es lo que no sé. Podría ser que la fealdad del acto injusto no radica en que quien lo comete recibe daño, sino en que aquel que recibe la injusticia recibe también dolor.

SÓC.— En verdad, Querefonte, que eres un gran amigo. Veo que te preocupas honestamente por mí y quieres que encuentre la verdad. Entiendo perfectamente la objeción que me haces y admito que plantea una gran dificultad. En efecto, si no puedo responder a tu reto resultará que he estado equivocado todo este tiempo. Por eso quiero que sigamos examinando este asunto tan importante con el mayor cuidado posible. Entonces, quiero que me contestes con la mayor sinceridad a la siguiente pregunta: ¿siempre que alguien comete una injusticia después siente vergüenza e incluso se siente arrepentido?

QUER.— ¡Por Zeus! Si quieres que te diga la verdad, parece ser que alguien como Arquelao⁷ es incapaz de sentir vergüenza como tú dices.

SÓC.— Es muy cierto lo que dices. Pero, dime, ¿no crees que cuando Arquelao, si es como Polo lo describió, se inició en la injusticia sí sentía vergüenza tras cometer una?

QUER.— Probablemente sí.

SÓC.— De la misma manera, ¿siempre que alguien comete injusticia por primera vez siente vergüenza?

QUER.— Creo que sí.

SÓC.— ¿No crees que suceda algo similar con las cosas que son feas? Si una persona contempla durante mucho tiempo algo que es feo, tal vez le dejará de parecer feo.

QUER.— Es posible.

SÓC.— ¿Pero la cosa deja de ser fea?

QUER.— Desde luego que no.

SÓC.— ¿Podríamos decir que la persona, al contemplar por mucho tiempo algo



Miguel Garzón Martínez

feo, se acostumbra y por eso no le parece tan feo después? Si no me crees toma como ejemplo a Jantipa.

QUER.— Sócrates, te creo, no tienes que burlarte así de ti mismo.

SÓC.— Ahora dime, ¿no crees que la vergüenza es un mal y que es dañina y atormenta a quien la posee?

QUER.— Sin duda alguna.

SÓC.— Por otro lado, la persona que recibió la injusticia, ¿crees que después siente vergüenza de la misma manera que el que la comete?

QUER.— No. Tal vez sienta otras cosas, pues convenimos en que ha recibido daño, pero no creo que sienta vergüenza.

SÓC.— Hemos concluido que la vergüenza es un daño que recibe el que comete una injusticia. Y así como una cosa fea no deja de ser fea porque alguien se acostumbre a ella y no la vea como tal, puede ser que alguien cometa tanta injusticia que ya no sienta vergüenza, pero no por eso deja de recibir el daño.

QUER.— ¿Crees que aunque la persona no sienta vergüenza el daño prevalece? Es decir, ¿cómo va a haber daño si ya no siente la vergüenza?

SÓC.— Querefonte, yo creo que el alma sigue recibiendo daño aunque la persona no sienta vergüenza, pues ésta es sólo una manifestación del daño real que marca al alma, así como la fiebre es manifestación de que algo anda mal en el cuerpo. Acerca de todos estos temas se trataba el relato que les dije hace un rato.

QUER.— Eso que dices me parece muy cierto. Pero todavía queda sin demostrar un punto muy importante.

SÓC.— ¿Cuál?

QUER.— Si es cierto que el daño que recibe la persona que comete la injusticia es mayor que el dolor que sufre la persona que recibe la injusticia.

SÓC.— Me parece que esa demostración se sigue de lo que ya hemos dicho. Tú mismo acabas de decir que mientras el que comete injusticia recibe daño, el que sufre la injusticia recibe dolor, ¿cierto?

QUER.— Completamente.

SÓC.— ¿Te parece bien si retomamos el relato para que te pueda responder a eso que me preguntas?

QUER.— Está bien.

SÓC.— ¿Crees que es cierto lo que dije respecto a las cicatrices en el alma? ¿Que de la misma manera como el cuerpo queda marcado con cicatrices por lo que hizo en vida sucede con el alma? Por lo menos ya ha quedado demostrado que el alma sí recibe un daño al cometer injusticia.



QUER.— Sin duda creo que el alma queda con una cicatriz por el daño que recibe.

SÓC.— ¿Qué crees que deja más cicatrices en el alma, el daño que se le cause o el dolor que sufra?

QUER.— ¡Es difícil saberlo!

SÓC.— Piensa en tus propios huesos: cuando sientes dolor en una articulación, ¿te pasa al cabo de unas semanas?

QUER.— A veces en menos tiempo.

SÓC.— Pero cuando alguien se rompe un hueso, ¿vuelve a quedar bien del todo, a pesar de que reciba los mejores cuidados médicos?

QUER.— Por lo menos queda con una cicatriz.

SÓC.— ¿Crees que romperse el hueso causa daño y dolor?

QUER.— Sí.

SÓC.— ¿Y cuando te duele una articulación? ¿Hay daño y dolor o sólo dolor?

QUER.— Yo diría que sólo dolor.

SÓC.— Entonces, estamos de acuerdo en que el daño tiende a dejar una cicatriz, pero el mero dolor no.

QUER.— Me parece cierto eso que dices.

SÓC.— Con respecto a cometer injusticia: ¿no dijimos ya que el que la comete recibe daño y el que la sufre sólo siente dolor?

QUER.— Lo dijimos.

SÓC.— Creo, Querefonte, que ya hemos dejado resuelto el problema. El que comete injusticia, al recibir daño, queda con una cicatriz en el alma y es difícil que se recupere plenamente. Por otro lado, el que sufre la injusticia, al sentir dolor, estará repuesto en poco tiempo y sin cicatrices.

QUER.— Debo admitir que tenía mis dudas, pero he sido completamente convencido por ti.

SÓC.— Por mí no, amigo, sino por la verdad. ¿Cómo te parece? Ha sido más provechosa y más amena esta charla entre amigos que aquella charla entre sabios.

QUER.— Es muy cierto lo que dices, Sócrates. ¿Te podría hacer una última pregunta?

SÓC.— Desde luego que sí. Ten por seguro que te la contestaré con el mayor gusto.

QUER.— ¿Por qué vas por ahí, refutando a gente como Polo o Calicles, que sabes que no cambiarán? Tú mismo has dicho que no se tomaron la conversación en serio y el mismo Gorgias nos sacó de donde estábamos, creyendo que tendríamos cosas más importantes que hacer, demostrando así que tu actividad no le parece muy relevante.



⁸Querefonte fue quien preguntó al Oráculo de Delfos si existía alguien más sabio que Sócrates. Cf. *Apol.* 21a.

⁹Cf. *Gor.* 454c-d.

¹⁰Cf. *Gor.* 508e-509a.

Miguel Garzón Martínez

SÓC.— Estás asegurando cosas que no puedes saber, Querefonte. Ahora dime, ¿cuál es la principal virtud del pescador?

QUER.— ¿Eso qué tiene que ver?

SÓC.— Contesta y lo verás.

QUER.— Creo que es la paciencia, pues pueden pasar horas sin que pesque ni un pez y al cabo de esperar mucho tiempo puede ser que pique un pez demasiado pequeño, que no da la talla y por eso lo tiene que dejar ir otra vez.

SÓC.— De la misma manera, yo estoy buscando a un gran pez. Pero, ¿cómo lo encuentro si no salgo a pescar? Como tú mismo dices, pasarán horas, o tal vez años, sin que nada que valga la pena suba a mi barco. Sin embargo, tengo la certeza de que tarde o temprano podré volver a puerto, así sea solamente con un pez que valga la pena. En efecto, yo tiendo a creerle a la gente que me dice que tiene un conocimiento sobre algo y me ilusiono al pedirle que me lo enseñe, pero por lo general estas personas necesitan que yo les pregunte para que precisen bien qué es lo que quieren decir, pues no me gusta que me contesten con ambigüedades, mas parece ser que no pueden hacer estas precisiones sin caer en contradicción.

QUER.— En verdad eres el hombre más sabio de Atenas⁸.

SÓC.— ¿Por qué dices tales cosas, amigo?

QUER.— Porque tú sí posees esos conocimientos que dices buscar, pero que nadie más tiene.

SÓC.— No entiendo lo que dices.

QUER.— Tú sabes, por ejemplo, que es preferible recibir injusticia a cometerla; y que si se la llega a cometer lo mejor es ser castigado con justicia y no salir impune. Pero, Sócrates, ¿por qué te ríes?

SÓC.— Querefonte, jamás creí que tuvieras tal opinión de mí. Creo que te has confundido y no has comprendido bien mis palabras.

QUER.— Entonces explícame, por favor.

SÓC.— ¿Tú crees, como Gorgias⁹, que hay creencia y conocimiento, y que no son lo mismo, porque el conocimiento es siempre verdadero mientras que la creencia puede ser verdadera o falsa?

QUER.— Claro que lo creo.

SÓC.— ¿Y me puedes decir en qué se diferencian una creencia verdadera de un conocimiento?

QUER.— No lo sé.

SÓC.— Al menos, según me parece a mí, es claro que no se diferencian por ser verdaderos, pues ambos son igualmente verdaderos, ¿o tú opinas lo contrario?



QUER.— Desde luego que no.

SÓC.— Por mi parte, yo digo que soy ignorante, y lo seguiré diciendo, en tanto que no tengo conocimientos; pero, por otro lado, me las he arreglado para obtener algunas creencias, que al parecer, por estar unidas y atadas con razonamientos de hierro y acero, como ya dije¹⁰, son verdaderas. Entonces tal vez tú, Querefonte, te preguntes cuál es la diferencia entre una opinión verdadera y un conocimiento, ya que ambas cosas son verdades.

QUER.— Sí que me lo pregunto.

SÓC.— Yo mismo no estoy muy seguro de la respuesta a esa pregunta, pero creo que tiene que ver con las causas de lo que es y no simplemente con cómo es, ¿o tú opinas algo contrario a esto? ¿Quieres que examinemos el asunto?

QUER.— Estoy de acuerdo contigo, pero debemos dejar el examen que propones para otro momento, pues ya he llegado a mi destino. Muchas gracias por todo, Sócrates.

BIBLIOGRAFÍA

PLATÓN.

[Gor:] (1981) «Gorgias». En: *Diálogos II* (trad. J. Calonge). Madrid: Gredos.

VLASTOS, Gregory.

(1995) «Was Polus refuted?» En: *Studies in Greek Philosophy* (ed. D. Graham). New Jersey: Princeton University Press. Vol. II.

Recibido el 27 de abril de 2006

Aceptado el 8 de junio de 2006